

la aguja en el pajar, en un volumen de la colección «Poesía para todos».

Ahora, prologada por Pere Gimferrer, aparece toda su obra, es decir, los poemas citados y el libro *Los restos de Ampurias*, colección de sonetos que nos parece decisivamente importante no únicamente por su extensión, sino por su intensidad y sorprendente exploración del lenguaje, la entrada voluntaria en el mundo de lo real, así como el dominio técnico que encierra la propuesta utilización de un determinado metro.

Los restos de Ampurias, como bien dice Gimferrer, no difiere en su planteamiento inicial de *El caballo*, aunque su redacción fue terminada veinticinco años más tarde. Si en *El caballo* se encontraba «una visión del mundo» (Gerardo Diego), un mundo rápido, bien coloreado como un tiovivo girador, en cuya contemplación alegre se nos filtrase, vuelta sí, vuelta no, una inevitable melancolía» (José Angel Valente) o «un mundo mágicamente animado» (Alfonso Sastre), en *Los restos de Ampurias* accedemos también a ese mundo, animado, vital, sin hermetismos ni estridencias, proporcionado a la medida del hombre y sus latidos más clarificados.

Desde su primer libro, Lorenzo Gomis es un poeta preocupado por la realidad circundante, que a sus visiones profundamente «cotidianas» añade una gran pericia y un dominio del oficio poético envidiables. Gimferrer nos dice que la poesía de Lorenzo Gomis es fundamentalmente argumental y/o descriptiva. «Lo que el poeta ve es un mundo ordenado. *Y todo estaba allí / y todo era sencillo.*» La ordenación del mundo es, por una parte, la de la visión cristiana del Universo, en la que se inscribe Gomis. Pero, desde la perspectiva interior estricta, apunta a una de las dos corrientes centrales de la poesía contemporánea. Para tal poesía, el hecho capital de la vida cotidiana es la dispersión, la ausencia de sentido. La tarea más imperiosa del poeta consiste en enfrentarse a este hecho.

Lorenzo Gomis—del grupo generacional de «Laye»—es, debido a lo espaciado de sus publicaciones que ya hemos señalado, un poeta «desconocido» entre los poetas jóvenes, y los demás tampoco pueden presumir de ser buenos conocedores de su obra. El director de «El Ciervo» es mucho más conocido como periodista que como poeta, y a soslayar este hueco contribuirá, sin duda, la aparición de este libro.

Lorenzo Gomis es, desde luego, uno de los poetas importantes de «la primera generación que no ha vivido la guerra en edad adulta»,

como escribe Gimferrer refliriéndose a la literatura en lengua castellana.

Su obra, dinámica y a prueba de punzantes arbitrariedades, es un justificado argumento contra la claudicación, el sedentarismo rústico, así como una repulsa totalmente enérgica de la afectación tiznada de trascendentalismo exótico.—JUAN QUINTANA (Avda. del Manzanares, 86, 1.º D. MADRID-19).

SOBRE JARDINES Y GUIRNALDAS (*)

En el número 19 de la rue Bonaparte, de París, se idearon, forjaron y acuñaron durante décadas algunos de los libros de bolsillo más hermosos del siglo XX. Me refiero a los publicados por la firma *L'Édition d'Art Henri Piazza*, tan familiar no sólo a los bibliófilos sino al público culto en general. En los estantes de mi biblioteca se alinean no pocos de esos libros Piazza, cuidadísimos en la forma y exquisitos siempre en los contenidos. Puedo ver, por ejemplo, una preciosa *Aphrodite*, de Pierre Louÿs, con ilustraciones en colores de Paul-Émile Bécot. Distingo un ejemplar en papel japonés del *Chant de Hiawatha*, una *Passion de Yang Kwé-Feï, favorite impériale*, el *Roman de Khaldoun*, la *Légende de Florinda la byzantine*, y, entre los clásicos de nuestro medievo occidental, no me es difícil constatar la presencia de un *Tristan et Yseut* (el de Bédier), de un *Roman de Renart*, de las maravillosas recreaciones de la saga de Guillermo de Orange y de los *Lais* de María de Francia a cargo de Paul Tuffrau, de la definitiva *Chanson de Roland*, según el manuscrito oxoniense, transcrita por Joseph Bédier. Son algunos de los volúmenes Piazza que adornan mi biblioteca y que, en virtud de sus enormes tiradas, no faltan en casi ninguna librería privada de Europa.

Pues bien, dentro del fondo editorial de Henri Piazza funcionaba una hermosa colección, en octavo menor, que llevaba un pomposo rótulo: *Ex Oriente lux*. En dicha serie se dieron cita libritos como *Le jardin des caresses*, *La flûte de jade*, *Chants du Hoggar*, *Les ghazels de Hafiz*, *La guirlande d'Aphrodite*, *Contes Pahlis*, *Nala et Damayanti*, etcétera, todos con texto orlado y con un arrebatador aire *déco*. Inevitablemente, quienes hemos leído en nuestra adolescencia esos tomos

(*) *El jardín de las caricias. La guirnalda de Afrodita*. «El jardín amarillo», colección Visor de Poesía, Madrid, 1979, pp. 176-187, respectivamente.

tendemos a considerar el Oriente como nos lo presentan sus páginas: abiertamente, locamente *kitsch*.

Las colecciones Piazza tuvieron pronto eco en España. No podía ser de otro modo. España ha sido, y es, en lo cultural, un país muy pendiente de los modelos franceses. No es difícil encontrar intelectuales españoles dispuestos a devorar literatura inglesa y alemana en ediciones de bolsillo parisienses. La gente, en España, no abandona su butaca en el cine después de media hora de una película de Rohmer o Bresson. Somos, no cabe duda, una nación culturalmente afrancesada. Por todo ello, no parece raro que la serie «Musas lejanas», de *Revista de Occidente*, reprodujera a partir de 1925 los mismos esquemas —y, en ocasiones, los mismos títulos— que presidían *L'Édition d'Art H. Piazza*. Hay que decir, en favor de la colección española, que introdujo volúmenes nuevos tan sugestivos como el *Poema del Cid* en versión de Salinas (1926) o la espléndida versión del *Cantar de Rolán* llevada a cabo por Jarnés.

Sin embargo, y en torno a 1950, sería la editorial Guillermo Kraft limitada, de Buenos Aires, quien seguiría más fielmente los moldes estéticos de Piazza, traduciendo, casi en su integridad, la colección *Ex Oriente lux*. Los volúmenes de la Kraft circularon mucho en Iberoamérica y en España, y todavía hoy no son raros en el comercio especializado. Son libros formalmente muy agradables, con barroquísimas portadas, buen papel, y la consabida orla en cada página, como en las ediciones francesas.

Llegamos así a 1979, año en el que Jesús García Sánchez, director de la colección Visor de poesía y excelente bibliófilo, decide poner al alcance del gran público las versiones castellanas que la Kraft realizara sobre los originales de Piazza. García Sánchez opta —a mi juicio atinadamente— por la reproducción facsimilar de la serie argentina. La belleza formal de la misma lo aconsejaba así, y, además, los facsímiles aparecidos —*El Jardín de las caricias* y *La guirnalda de Afroditá*— podrían confundirse fácilmente con sus respectivos originales: tanta es la bondad de la copia. Para enriquecer las reimpresiones de *Jardín* y *Guirnalda*, se incluyen en ambos tomos sendas introducciones inéditas, redactadas ex profeso para Visor por Luis Antonio de Villena. Comentaré a continuación los dos libritos.

El jardín de las caricias es, como dice Villena en su prólogo, «una antología de poesía árabe, fundamentalmente amorosa, que obedece al criterio modernista de intensificar lo erótico, lo sensual, lo lujoso, lo exótico y, parcialmente, cierto barbarismo primitivo, perfectamente maridable con los senos-jazmines en los oasis y los palacios con mil recámaras subterráneas y exquisitas...» Poco puede añadirse a la de-

finición del prologuista, que es tan precisa como sugerente. Serrallos de cristal, flores de nombres complicadísimos, mejillas siempre sonrosadas, fastuosas caderas, dientes muy blancos y uñas muy afiladas: ésa es la atmósfera externa del *Jardín*. Sin embargo, en el eros árabe hay también lugar para el segundo grado del amor, esa tristeza hecha de olvido, de silencio y de lágrimas que parecía tan occidental. «Ni tú puedes entrar en este círculo trazado por mi muerte, ni yo participar de esa pasión que te deshace pero que no me alcanza», contesta en uno de los poemas una mujer a los requerimientos de su amante. En otra ocasión, el poeta nos confiesa que, sin mediar palabras, él y ella son capaces de conversar en el crepúsculo. Otra vez, un hombre se entera de que una mujer lo ha querido; la mujer es la misma a la que él amara, pero ahora es ya demasiado tarde. En un poema, «Puñales», se nos habla de aquel cuchillo que brilla y fulge al alegre sol de la guerra, de aquel otro que empuña el asesino, y de los ojos de la amada, que tienen doble filo y matan. En otro, el enamorado cree que la quiere a ella y, en realidad, ella, que lo desprecia, es quien lo quiere a él, que cree amarla. Otra pleza, muy breve, recomienda decir «No se oye nada» en vez de «¡Qué silencio!», y aconseja no abrir una puerta que no pueda volverse a cerrar.

Pedro Láinez Varela tradujo al castellano el *Jardín* para la Kraft argentina, siguiendo la versión francesa de Franz Toussaint para Henri Piazza. La versión de Láinez, reproducida ahora facsimilarmente por Visor, tiene calidades sonoras, ritmo, colorido, viveza. Se lee con gusto y, además, se queda gozosamente en la memoria, como queda en el ojo para siempre la farsa rutilante de una joya de Lalique, los *bibelots* que agobian el estudio de Alma-Tadema o el camerino de Sarah Bernhardt, la innumerable fiesta de disfraces de Bakst. Pero lo *kitsch* también duele a veces. Es por eso, quizá, por lo que Luis Antonio de Villena termina su preliminar, intitulado *Invitación a las noches árabes*, con un recuerdo triste en forma de romance fronterizo: ¡Ay de mi Alhama! Entretanto, y mientras no vuelven las banderas de Al-Andalus, puede ser un remedio la lectura de volúmenes como *El jardín de las caricias*, y, puestos ya en plan vindicativo, convendría volver a los espléndidos trabajos de don Emilio García Gómez cuyos *Poemas arabigoandaluces*, por ejemplo, siguen tan vivos hoy como en 1930.

La guirnalda de Afrodita es una selección, tan arbitraria como pintoresca, de los epigramas amorosos contenidos en la *Antología Palatina*, especialmente en su libro quinto. Quien desee conocer la *Antología Palatina* en profundidad y no conozca el griego, deberá acudir a la traducción de la misma que Manuel Fernández-Galiano prepara para la Biblioteca Clásica Gredos. Hasta ahora ha salido un tomo, el

correspondiente a los epigramas helenísticos (Madrid, 1978), que he tenido el honor de revisar. La versión de Galiano es rítmica, con muy eruditas y ajustadas introducciones parciales a cada poeta e incluso a cada poesía. Después de tantos siglos de olvido, la *Antología Palatina* visita España, pues, y con más de un rostro.

A. Ferdinand Herold preparó el florilegio para la mencionada serie *Ex Oriente lux*, de Piazza, Enrique Fernández Latour lo tradujo para la Kraft, y Visor nos ofrece una edición facsímil de esa versión, añadiéndole un pórtico a cargo de Villena.

Entre los epigramatistas de talla (Calímaco, Meleagro, Leónidas, Asclepiades, Antípatro...) quizá sea Calímaco de Cirene—en esto coincido plenamente con De Villena—, si no el mejor, sí el más representativo. He publicado muchas páginas sobre Calímaco, y todavía su quehacer poético no me ha decepcionado. Como autor de epigramas, difícilmente es superable. Los dos primeros dísticos de su epigrama número 13, por ejemplo, son prodigiosos: *Tenía oculta el huésped una herida. Subían dolorosos / suspiros de su pecho (¿te has fijado?) / mientras bebía su tercera copa, y las rosas caían, pétalo / a pétalo, todas a tierra desde su guirnalda...* El epigrama es, en general, un *haiku* japonés enriquecido por el azar de un hombre determinado: un viaje, una pelea, la muerte, una promesa... Aquí ha sido el amor, reflejado en la herida del huésped y en sus actos. Pues bien, acaso de la misma guirnalda que coronaba la cabeza del enamorado en Calímaco, tal vez de otra guirnalda mejor trenzada, han resbalado, pétalo a pétalo, las rosas hasta el suelo. Cada pétalo es un poema, y lo que fue guirnalda perteneció a Afrodita. Lo mismo que en el *Jardín de las caricias*, la estética de la *Guirnalda* de Piazza-Kraft-Visor es modernista. Está mucho más cerca de Pierre Louÿs o de Cavafis—como acertadamente señala el prologuista— que de los propios poetas helenísticos. El recopilador francés ha dividido su *Corona* en anémonas, violetas, lirios, rosas, lirios de nuevo, jacintos, narcisos y asfódelos. Al hacerlo, pensaba que las heteras de Meleagro se parecían a las chicas de Alphonse Mucha y que Marcel Schwob rivalizaba con Euforión de Calcis en el difícil arte del epilío. Cosas de Ferdinand Herold. De cualquier forma, todo es válido a la hora de dar a conocer la poesía helenística. Aun enmascarada, es muy bella.

Cuando, a finales de 1978, Jesús García Sánchez decidió que otros conocieran algunos libros de su biblioteca y, para ello, hizo reproducir sus decadentes y preciosos libros Kraft, de Buenos Aires, que traducían la decadente y preciosa serie *Ex Oriente lux*, de Henri Piazza; cuando encargó a Villena que le escribiese nuevos prólogos; cuando eligió papel, cubiertas, lomos; cuando les puso precio a los facsímiles,

quizá no fuera plenamente consciente de que estaba iniciando una tarea muy agradable y divertida. Yo, al menos, he pasado unas horas inolvidables sobre jardines y guirnaldas; he recordado cómo Luis Bardón me regaló aquella *Aphrodite* cuando me doctoré; me he visto a mí y a Luis Antonio, jovencísimos, buscando libros Kraft en calles lejanas; he discurrido por mi vida sin la habitual amargura, aunque haya sido por poco tiempo. Y todo ello gracias a dos libros que se me antojan ya imprescindibles.—LUIS ALBERTO DE CUENCA.—(Don Ramón de la Cruz, 28, MADRID-1).

«NARCISO»: VISITA A OTRA TUMBA

Hay voces que se mantienen a lo largo de toda una obra, fieles al personaje que nos cuentan. Así, la voz un poco rota de Leopoldo María Panero, su difícil —no de interpretar, sino de querer asumir— sentido, se impone desde su primer libro de poemas, *Por el Camino de Swann* (1), y ha continuado oyéndose a través de poemarios, de su único y admirable libro de cuentos (2), e incluso de sus traducciones y artículos más o menos periodísticos, hasta plasmarse en lo que a mí me parece su más conmovedor libro: este *Narciso* que publica «Visor», verdadero cantar desde la tumba, desde el lugar de la palabra muerta.

Se ha adscrito a Leopoldo María Panero al grupo de los «nueve novísimos», que inventó en una antología ya *faisandée* José María Castellet. Poco tenían que ver entre sí tales poetas, y casi todos eran muy poco novísimos. Pero, en este concierto dispar, de nuevo se dejaban oír, por encima de las restantes, las voces de Leopoldo María y de Pere Gimferrer, distintas en sus acentos y en su sentido, pero hermanadas en la búsqueda de un más allá expresivo, de un descubrimiento que revalidase entre nosotros la poesía. Leopoldo tuvo en común con los poetas de su momento el gusto por la cultura exhibida de una manera casi impertinente, por la cita —truncada a veces, inserta en un discurso que en ocasiones la negaba— preciosa, por el aristocratismo de la imagen. Pero, tras ese cultivar minoritario de la frivolidad y de la moda, que tuvo su expresión cumplida en *Así se fundó Carnaby Street* (3), tras esa máscara de poeta casi de salón, se adivinaba ya la problemática íntima y profunda del autor, el dolor que se manifestaría en los poemas —poemas de

(1) (Caffarena Editor. Málaga.)

(2) «En Lugar del Hijo». Tusquets Editor, 1976.

(3) Ocnos. Barcelona.